

# Bajo la luz del Valle de México

Guadalupe Alonso

*Para Verónica López*

El 19 de abril de 1998 falleció Octavio Paz. Sólo cuatro meses antes se había presentado por última vez en público, con motivo de la ceremonia de inauguración de la Fundación que llevara su nombre. En Francisco Sosa número 383, Barrio de Santa Catarina, en Coyocacán, se reunieron empresarios, intelectuales y amigos del poeta. Esa casona, que el gobierno del presidente Ernesto Zedillo le ofreció, fue el refugio del Premio Nobel hasta el final de su vida. Recordemos que Paz había perdido poco antes su apartamento en las calles de Guadaluquivir y buena parte de su biblioteca a causa de un incendio, desastre que lo obligó a pasar una larga temporada en un hotel capitalino.

Aquel mediodía soleado del 17 de diciembre de 1997, Octavio Paz ocupó el centro de una extensa mesa, dispuesta en el patio central de la casa, que sirvió como podio. Lo flanqueaban Fernando del Paso y Ernesto Zedillo. Compartían el escenario un grupo de diez empresarios, benefactores de la Fundación, entre los que se encontraban Antonio Ariza, Emilio Azcárraga Jean y Carlos Slim. Hacía tiempo que Paz no se presentaba en público a causa de un grave problema de salud. Así lo delataba, aquella mañana, el rostro demacrado y un saco gris muy holgado que acusaba un cuerpo ya consumido. Sin embargo, en sus palabras aún resplandecía la voz del poeta. Viene al caso recordarlas, sobre todo en estos tiempos nublados porque, ante la certeza de que el final estaba cerca, en ellas se cifraba ese constante

anhelo que iluminó gran parte de su escritura, el de construir un mejor país, perderse en sus laberintos, entenderlo, reinventarlo.

Al tomar el micrófono, Paz lamentó presentarse en público “un poco inerme, como es el caso”. “Aparte de esto y de mi azoro natural —añadía— lo que me sorprende más es cómo las previsiones más seguras de los hombres se deshacen”. Se refería, en específico a la presencia inesperada del presidente Zedillo, que lo forzaba a improvisar y no, como lo tenía planeado, a leer sólo unas cuantas cuartillas: “Me lancé a la lid, me lancé a la plaza de toros y me dije a mí mismo: Bueno, el señor Zedillo me ha hecho otra de las tuyas. Ahora me ha obligado a participar espontáneamente improvisando y no como yo creía, con un pequeño texto escrito el día de anoche, corregido cuidadosamente en una máquina más o menos nueva de escribir”.

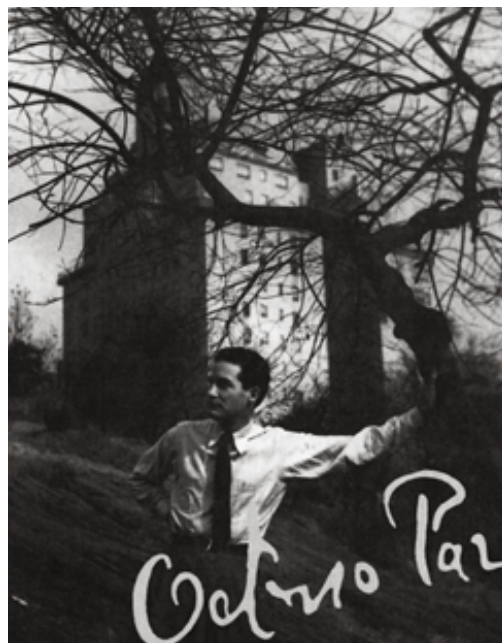
Habló, entonces, de los lazos recientes pero muy profundos de amistad que lo ligaban a Ernesto Zedillo. “No cesa de asombrarme, dijo, la forma generosa con que me ha tratado los últimos meses delante de mi infortunio, delante de mi enfermedad, y todo esto me ha hecho incluso cambiar, en buena parte, mi idea no sólo de los hombres sino muy especialmente de los hombres políticos. No todo en ellos es lucha por el poder sino también hay en su corazón una zona luminosa, generosa, solar, y en ella yo me reconozco. Por eso, ahora pienso que mis aficiones políticas no eran simplemente las

de un adolescente interesado en la historia de su país, sino que también tenían que ver con la vida de México. Yo creo que una de las cosas que distingue a la historia de México es la frecuencia con que aparecen los amigos y los benefactores de los escritores, de los poetas, de los científicos, en fin, de todos los hombres de cultura. Y en ese lugar apenas necesito recordar a todos esos grandes mexicanos que se han distinguido por la ayuda que han prestado a las letras y a las artes. Para un hombre de mi generación es asombroso. Esto, hace cuarenta años, hace treinta años, hace veinte años, no era posible”.

En su espontaneidad, Paz era el de siempre, con ese tono de voz y esa cadencia tan propias; la mano derecha marcando el ritmo de sus palabras que de pronto parecían escapársele, pero tras un leve titubeo las asía de inmediato y encabalgaba el discurso. En el patio soleado de la casona no se movía una sola hoja. El poeta prosiguió: “Quisiera decir algo más sobre otras de las personas que de un modo diario e insistente unos, y otros que de un modo más lejano, nos han ayudado. El hijo de mi amigo Emilio Azcárraga. Ahora pronuncio las dos palabras sulfurosas con un poco de tranquilidad. Antes, cuando yo decía que era, de todos modos, amigo de Emilio Azcárraga en apasionadas discusiones, era muy difícil defenderlo porque era un personaje que había saltado a la vida, no por una espada, porque no era su temperamento, pero sí con una gran dosis de novedad, de originalidad y, digamos la verdad, de generosidad. Este hombre difícil y huraña no era el tigre. Los tigres son animales solares. Recordemos a Blake: *Tiger, tiger, burning bright in the forests of the night...* Bueno, esta mezcla de oscuridad y de luz caracteriza no solamente al tigre sino a los amigos nuestros que son tigres y también claro, a aquellos escritores y poetas que reúnen estas dos cualidades espirituales o estéticas extrañas, la luminosidad y la oscuridad. Hay un verso de Díaz Mirón —es curioso, cuando hablo ahora me surgen, me llegan ecos de una antigua tradición que es la mía— recuerdo, digo, dos líneas de Salvador Díaz Mirón: *Y un relámpago enciende mi alma negra*. Seamos piadosos con el poeta y digamos no que su alma no era negra en el sentido moral de la palabra, el alma de Díaz Mirón, por supuesto, sino que era un alma que tenía el ardor sombrío de la noche. México es un país solar y siendo un país solar, un país rico de sol, pródigo de sol, es también un país negro, un país oscuro. Esta dualidad de México fue la que me preocupó desde niño y fue la que me llevó, sin saberlo y a veces ni quererlo, a escribir unas páginas de *El laberinto de la soledad*. Luz y oscuridad y generosidad de los patronos que han sido tan abiertos con nosotros, tan fáciles de trato y con ellos algunos amigos que vienen de un lugar muy cercano y muy lejano al mío. Nada más distante y más lejano y más cercano también para mí que Andalucía. Entre los miembros del patronato

está mi amigo el gran Andaluz. Él y yo no sólo nos reconocemos como vecinos de la Ciudad de México, sino como vecinos de un poblachón de Andalucía que se llama Medina-Sidonia”.

En este punto, Octavio Paz hace una digresión, se disculpa por esos recuerdos personales que lo han llevado a desvariar y confiesa que cuando se enfrentó al problema de qué diría ante el público, su mujer, Marie Jo, le sugirió que no improvisara, pues tenía la tendencia a desvariar y en estos últimos meses, con la enfermedad, esto se había acentuado: “Desvarías mucho, parafraseaba Paz, andas por muchos vericuetos —cómo de pronto el lenguaje español se nos levanta con una palabra que es una roca inaccesible, como vericuetos— bueno, andas por estos vericuetos sin darte cuenta de que tú a lo que tienes que dedicarte es a pensar con sobriedad y discreción. Es verdad —retomaba Paz— yo les pido perdón a ustedes por no haber sido ni discreto, porque no lo he sido, ni sobrio y que, al contrario, me he dejado ir por el camino más fácil de los recuerdos, de la gratitud, de la amistad. Al último que conocí, entre mis amigos escritores, fue quizás a Fernando del Paso. Fui a dar no sé por qué razones a Guadalajara y de ahí a Austin, había sido invitado como profesor. Fernando fue a verme, a saludarme, y ahí pude empezar a reconocer, porque ésa es la palabra, reconocer, a otro de los impares escritores mexicanos con que nuestra generación tiene la fortuna hoy de contar. Llamo impares a todos esos escritores porque todos ellos pertenecen a un momento único de la vida de México. No me refiero a la vida política, que también es muy importante, sino



sobre todo a la otra vida de México, a la vida cultural, a la vida espiritual”.

Paz expresó su deseo de que la Fundación perdurara. No sólo por la generosa colaboración de quienes lo acompañaban, sino porque, entre otras cosas, significaba una convocatoria a la acción. “México es un país que padece de graves carencias en el campo de la cultura, lo sabemos casi por tradición. Pero también sabemos que México es un país que se abre de un manera solar al porvenir inmediato. Estoy seguro que se preparan nuevos días para México y que esos días serán días de luz, de consuelo y de amor. Creo que en estos años no termina un periodo de México, como se piensa comúnmente, sino que se da una vuelta a la esquina para continuar. Vamos a continuar, continuaremos y vamos a hacer lo que no pudimos hacer antes, no yo, mi vida es transitoria, pero sí ustedes, sobre todo los jóvenes, aquéllos en cuyas manos está la verdad de México, esa verdad alternativamente cruel y luminosa, esa verdad que puede llevarnos a la oscuridad o la luz. Los jóvenes mexicanos son eso, la luz de México, y siendo la luz, son también su oscuridad, su recompensa y la promesa de algo que todavía no se realiza, pero que se va a realizar pronto. Y ahora, al dar la vuelta a esta frase, recuerdo otra vez a mi mujer y digo: Cuidado, ya estás desvariando otra vez, ya volviste al desvarío”.

El silencio crecía. Aquello que Paz consideraba desvaríos se antojaba como el epílogo de un largo peregrinar del poeta en su patria. Nada se movía en aquel patio soleado, salvo una lagartija intrusa que caminaba de un lado a otro sobre la cornisa del muro a espaldas de la



extensa mesa, y en ese ir y venir una ligera lluvia de polvo caía sobre la nuca de Paz.

“Sí, Don Quijote se apoderó, el demonio de Don Quijote, el demonio de la acción, de luchar por México, ese demonio se ha apoderado de mí en mis últimos años. Yo quisiera transmitirles a ustedes nada extraordinario, sino una simple inquietud, la del diablo, la del demonio. Para Sócrates, el demonio era su interlocutor, su consejero. El diablo era, no lo que nosotros creemos ahora que es, sino el diablo de los paganos, el diablo de Platón, el diablo de Sócrates. Bueno, pues ése es el diablo que yo quisiera que se recordase en México, no el demonio de las parroquias o de las sacristías, no el demonio de las malas personas, no el demonio de las luchas civiles, sobre todo eso, no el demonio de la lucha civil, no el demonio de la reyerta entre los hombres de la misma raza, sino lo otro, el demonio angelical de Sócrates y Platón, que tiende la mano al amigo, que sabe dar consejos. Bien, pues eso es lo que yo quisiera que nuestro México, en los años que vienen, encuentre su Sócrates y que en lugar de ser como el otro, víctima de las pasiones de sus compatriotas, sea lo contrario, el Sócrates que aconseja a sus conciudadanos y les dice cuál es el camino recto. Sócrates no tuvo miedo de perder la vida por sus conciudadanos. Bueno, yo les daría este consejo a mis compatriotas: no se trata de perder la vida por nadie, ganen su vida. Y la única manera de ganar la vida es ganar la vida con los mexicanos, con sus compatriotas, con sus amigos, con sus vecinos. Como veo que de nuevo me resbalo, ahora hacia una peligrosa inclinación por la prédica, que realmente me recuerda más que nada a mi infancia y a mi abuelo que era amante de las prédicas de sobremesa, entonces digo: *vade retro*, has invocado al diablo, hiciste bien en prevenirnos contra sus mentiras y sus engaños, pero tú no te dejes engañar, ya es hora de que te calles Octavio, cállate, ya cállate, no hables, simplemente díles a cada una de las personas que han estado aquí, gracias, muchas gracias. No sé cuánto tiempo tenga libre, pero sé que allí hay nubes y que en esas nubes hay muchas cosas, hay sol y también las nubes están cerca del sol. Nubes y sol son palabras hermanas. Seamos dignos de las nubes del Valle de México, seamos dignos del sol del Valle de México. Valle de México, esa palabra me iluminó la infancia, esa palabra ilumina mi madurez y mi vejez. Muchas gracias”.

Nadie contuvo la emoción que provocaron esas últimas frases. Al poeta lo retiraron en una silla de ruedas. Minutos después hicimos fila en un salón de la casona para saludarlo. ¿Despedirnos? Cuatro meses después moría Octavio Paz. Al día siguiente, 20 de abril de 1998, se le rendía homenaje de cuerpo presente en el Palacio de Bellas Artes. Recuerdo que aquella tarde tembló en la Ciudad de México, pero no lo puedo asegurar. El Servicio Sismológico Nacional no lo consigna: “no hay eventos con esas características”. ■